

## “Héroes sin guerra”

### *Esto no es un cuento (antología poética)*

EVELIO ROSERO

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2019, 80 pp.

*Esto no es un cuento (antología poética)* es un libro homenaje al escritor Evelio Rosero. El título llama la atención porque incluye no solo poemas sino también cuentos, pero con la indicación de que ambos pueden ser leídos como poesía. Por lo tanto, la separación entre aquellos y estos solo sería de tipo formal: unos son en verso y los otros en prosa. La primera parte es una selección tomada de *Las lunas de Chía* (2003) y la segunda de sus *Cuentos completos* (2019).

Su poesía se detiene en el carácter único y a la vez plural del ser humano, allí cada uno de ellos es también todos los hombres:

Cientos de miles de rostros cruzan  
por esta esquina  
mañana y tarde en sus mil y una  
historias  
repetidas,  
atiborrados de horror, de dulzura  
de pura candidez, estupefactos [...] ah, seres... (p. 8).

A veces, es el yo poético quien habla de su experiencia vital, sus desencuentros, la extrañeza frente al otro, o la conciencia de sí:

Cuántos años nos quedan, acaso  
cuatro, o tres, o nada [...] acaso ya te entierra de cansancio humano la pregunta, cuándo. (p. 32)

Otras veces, esta mirada se entrega de soslayo, a través de la descripción de un paisaje:

La tarde indecisa,  
región caótica, de irremediable  
desconsuelo. (p. 16)

En “Las lunas de Chía” (p. 26), un hombre transita la noche, bebiendo. La atmósfera es desolada, abundan las palabras que aluden a la muerte y a la oscuridad. El tiempo parece detenido. Un verso se itera insistente: “A

mí me servía el aguardiente un niño”. Esta insistencia en el niño, tan fuera de lugar, a esas horas y ocupado de tal tarea, imprime aún más misterio al ambiente y crea un contraste que resalta la angustia y el abandono. Y lo acrecientan el aullido de los perros, las presencias mudas e indiferentes que rodean al hombre o lo abandonan: hasta el viejo caballo parte, hasta la luna se va. Es como si solamente él quedara en el mundo. El silencio circunda al poema, funerario:

Era un frío la luna de Chía mojando  
tu frente de frío, de presentimientos,  
de arrugadas alas como sábanas  
espectrales,  
mientras los muertos desnudos-  
dormidos  
pasaban por la carretera... (pp. 26-27)

Y, como si fuera poco, solo en el fragmento citado aparece la referencia a un tú, a un otro que nunca se explicita. ¿Ha fallecido? ¿Es alguien amado? Esta presencia ocupa el centro del poema para volver luego al pronombre en primera persona. De todas formas, es claro el sentimiento de pérdida que abruma al doliente.

La mirada descarnada y la soledad de los personajes son, pues, un elemento común en el verso, y otro tanto ocurre en la prosa. Esta es depurada, precisa, con bellas descripciones: “Camminó raro; especie de ave blanca equilibrando pasos entre ramajes de agua” (p. 62). Todos los cuentos son breves, algunos son minificciones.

Muchos de los protagonistas de esta segunda parte son insólitos o afrontan condiciones de este tipo; es como entrar en un mundo en donde el absurdo es feliz. Las situaciones fantásticas, o absurdas, o inauditas, se apuntalan con testigos que dan fe de las múltiples realidades de los seres que desfilan por sus páginas; estos observan y describen las situaciones, como si fueran las más cotidianas y naturales, con palabras tales como “dicen”, “alguien cuenta”, “nos pareció”, entre otras.

Cada hombre afronta su destino solo, nadie puede ayudarlo, aunque los demás lo intenten. En “Bajo la lluvia” (p. 59), por ejemplo, un hombre empieza a flotar y se va elevando hasta que desaparece mientras los otros observan impotentes, y pronto lo olvidan, como si él fuera responsable de sus

circunstancias inexplicables, o como se deja de lado, tarde o temprano, a cualquier hombre después de muerto: “Nos pareció que su destino tenía tal viso de sospechosa fantasía que ya a nadie le importaba justificar su ausencia ante el mundo” (p. 60).

En “Declaración de tres ancianas” (p. 55), nunca se explica la razón por la cual el personaje es un perseguido, ni este se queja de ello; solo lamenta haber perdido a sus compañeros de infortunio. Todos estos absurdos parecen más bien una metáfora de la condición humana, porque nunca hay una razón que esclarezca el destino implacable de los hombres que desfilan por sus relatos ni estos pueden evitarlo.

En “El último ser” (p. 52) los órdenes se trastocan. Es un cuento de terror que sorprende al lector con la destreza de su trama, a pesar de la advertencia desde el título. Como en los mejores cuentos de ciencia ficción, quien nos narra es el último hombre, en medio de una muchedumbre de seres sin vida.

Al final, el lector tiene la sensación de haber entrado en otro universo habitado por personajes que transitan solitarios y enfrentan realidades inauditas. Cualquiera hecho puede suceder; todo tiene cabida dentro de este mundo creado por Evelio Rosero, de la misma manera que el dolor tiene su espacio, nombrado con la palabra exacta:

Disfruta, abandonado, del dolor.

No huyas.

Lento, lento, asomará  
el sosiego, casi un barco, casi un  
canto

pero dura luz derribando estas  
paredes [...].

Goza la medida del amor  
desaparecido. (p. 37)

**Emma Lucía Ardila J.**